

MANUEL PEDRO GONZÁLEZ

VIEJOS MITOS Y NUEVAS REALIDADES

LOS CUERPOS legislativos de cualquier democracia moderna distan mucho de ser cenáculos representativos de la alta cultura nacional. Ni siquiera en los países en que las masas dejaron de ser analfabetas hace tiempo, abundan los intelectuales entre sus legisladores. Por lo general estos son "politicians", es decir, hombres "prácticos" mediocres y no siempre escrupulosos, vinculados a grandes intereses nacionales o locales y a partidos o "maquinarias" políticos cuyas directrices se comprometen a seguir y defender. Los votantes mismos parecen recelar y hasta desconfiar del hombre de cultura y prefieren ser representados por individuos de su mismo nivel que compartan su ignorancia, sus ideas y prejuicios, con los cuales se sienten identificados. Esto es particularmente cierto en los Estados Unidos, cuyos legisladores son, con muchísima frecuencia, profesionales de la política sin haberla estudiado académicamente. Los técnicos en psicología popular, publicidad y propaganda que dirigieron la campaña de Eisenhower para su reelección en 1956, conscientes de este despego y escepticismo de las masas hacia los hombres de cultura, maquiavélicamente le colgaron a Adlai Stevenson el sambenito de "intelectual", marchamo que, según se dice, le costó centenares de miles de votos.

El Senado de los Estados Unidos no es excepción a la regla. Sin embargo, en él figuran algunos hombres notables por su preparación que hacen honor al país y al cuerpo en que lo sirven. Pienso en Paul Douglas, J. William Fulbright, Wayne Morse, Mike Mansfield, Ernest Gruenin, Hubert H. Humphrey y algunos otros. A uno de ellos, J. William Fulbright y a su último libro, cuyo título (traducido) encabeza estas notas¹, se consagran estos comentarios.

¹*Old Myths and New Realities* by Senator J. William Fulbright. New York, Random House, 1964. 147 pp. (A Vintage Book edition), us\$ 1.45.

El senador Fulbright es una de las figuras más respetables y respetadas del Senado norteamericano. Es un legislador del que cualquier ciudadano culto y progresista puede sentirse orgulloso. Es uno de los miembros más cultivados que hay en la alta cámara, y al mismo tiempo su máxima autoridad en materia de relaciones internacionales. Preside la Comisión de Relaciones Exteriores desde hace años y sus raros discursos son siempre lúcidos, de tono elevado y bellos de forma y estilo. Es un hombre sereno, equilibrado y cortés que profesa arraigadas convicciones. Es poco dado a mezclarse en los apasionados altercados, polémicas y controversias airadas que a veces se escuchan durante las sesiones —casi siempre sobre asuntos de escasa importancia general. Cuando toma o pide la palabra, no pronuncia jamás arengas inflamadas ni discursos estridentes para la galería, como ocurre con tantos “patriotas profesionales”. Más que perorar, razona, discurre con argumentos sólidos, expresa ideas que frecuentemente disuenan o irritan a los demagogos patriotereros que lo escuchan. Más que un discursador político parece un disertante, un expositor teórico, un filósofo que explicara una doctrina.

Por eso el senador Fulbright suscita reacciones distintas y hasta opuestas entre quienes lo escuchan, según el temperamento, la educación y la cultura de cada uno. Para unos —los menos quizás— es un parlamentario y un patriota ejemplar, tanto por su inteligencia, cultura y finos modales, como por la sagacidad para percibir y analizar los problemas que enfoca. Su impasividad y gentileza desarmen a sus contendientes. En cambio estas mismas aptitudes y cualidades irritan o desagradan a los que no las poseen. Por vía de ejemplo traduciré dos breves definiciones que podrían considerarse simbólicas o representativas de las encontradas reacciones a que antes aludí. Walter Lippmann es, quizás, el “columnista” más prestigiado —dentro y fuera de los Estados Unidos— de cuantos escriben para la prensa diaria. En ocasión reciente dijo de Fulbright: “El papel que desempeña en Washington es indispensable. No hay otro que tanto influya ni tan sabio... No sólo ha sido el más valeroso y sapiente de los consejeros. Es también el más clarividente y constructivo”.

En cambio, el ex Presidente Truman, típico político, aficionado a la historia de su país, pero de cultura rudimentaria fuera de este campo, y hombre que no tiene pelos en la lengua cuando se exalta, lo definió con este epíteto que ha empleado en más de una ocasión: “Un ultra o supereducado S.O.B. de Oxford”. (La abreviatura S.O.B.

es eufemismo para representar una expresión grosera —la misma con que Franklin D. Roosevelt definió a Rafael Leonidas Trujillo cuando alguien le habló de sus crímenes: "Sí, dijo, Trujillo es un S.O.B., pero es nuestro S.O.B."). Adviértase, no obstante, que a pesar de que la abreviatura sea la misma, la semántica es muy distinta en los dos textos traducidos. En boca de Roosevelt tiene un sentido literal y refleja el desprecio que Roosevelt sentía por el sátrapa dominicano. En boca de Truman, en cambio, es sólo una expresión enfática, un modismo de su parla especial que más que desdén o antipatía, sugiere admiración. Estoy seguro de que Harry S. Truman siente profunda estimación por el Senador de Arkansas.

La experiencia vital de este hombre de ademanes distinguidos y de clarísima y cultivada inteligencia ha sido variada y fecunda. Hijo de una familia rica de Arkansas, estudió el bachillerato en la Universidad de aquel estado y al graduarse ganó una de las becas más codiciadas a que un estudiante puede aspirar en los Estados Unidos: una "Rhodes scholarship" o beca Rhodes para estudiar en Oxford. En aquella aristocrática universidad pasó varios años y en ella se doctoró. Antes de regresar a su país viajó durante un año por Europa como periodista aficionado, aunque exento de obligaciones profesionales. Tras un corto período en que administró los intereses de su familia, fue nombrado profesor en la escuela de leyes de la Universidad de Arkansas. Tan favorable fue la impresión que causó entre colegas y estudiantes, que poco después fue elegido Rector de la institución, cargo del cual lo destituyó a los dos años el gobernador del estado, Homer Adkin, porque la madre de Fulbright había publicado en su propio diario unos comentarios que desagradaron al "honorable" gobernador. En 1943 fue elegido diputado al Congreso Federal y senador dos años después, en 1945. En esta última ocasión aspiraba al mismo cargo Homer Adkin, pero el pueblo vengó a Fulbright de la injusticia contra él cometida por el intemperante Adkin al preferirlo para que lo representara.

Su experiencia europea, sus viajes, sus estudios y su vocación lo inclinaban a especializarse en problemas internacionales, campo en el cual se distinguió a poco de ingresar en la Cámara Baja. Una resolución por él refrendada el mismo año en que se estrenó como legislador, aprobada por gran mayoría de votos en ambas Cámaras, es el antecedente inmediato o embrión de lo que luego sería la Organización de Naciones Unidas. Otra moción suya propuesta en el Senado creó las llamadas "Fulbright scholarships" o becas Fulbright. Consiste en la utilización de los créditos que el gobierno norteamericano acumuló después de la última guerra mundial por la venta de parafernalia

militar a muchos países para establecer un sistema de intercambio de estudiantes avanzados y profesores con todos los países que compraron los artefactos bélicos.

Uno de los más altos timbres de honor en la carrera pública del senador Fulbright que lo hace acreedor a la gratitud del pueblo norteamericano, es su enérgica oposición a los métodos y baladronadas del funestísimo Joseph R. McCarthy. Cuando este demagogo sin escrúpulos tenía acobardado al Senado y empavorecidos a millones de ciudadanos liberales y cultos, Fulbright fue el único senador que tuvo el coraje de enfrentarse con él y oponerse a que se le concedieran más fondos al comité investigador que presidía el mendaz y calumniador senador católico por Wisconsin. Más tarde, cuando por fin el Senado encontró suficiente valor para aprobar un voto de censura contra el embustero, Fulbright pronunció uno de los más valientes discursos contra elseudopatriota.

En otra ocasión más reciente volvió el senador Fulbright a encontrarse en conspicua minoría frente a las fuerzas armadas, a la C.I.A. y a varios miembros de la administración del Presidente Kennedy. En 1960, el Presidente Eisenhower encomendó a Allen Dulles, director de la poderosa Agencia Central de Inteligencia, la tarea a todas luces ilegal e inmoral de preparar una invasión de Cuba para eliminar al gobierno revolucionario. Tal empresa carecía de justificación, tanto desde el punto de vista ético como legal. Con ella se violaron los principios básicos del Derecho Internacional, la Carta de la ONU, la Carta de Bogotá y hasta las leyes de neutralidad de los Estados Unidos. Nada de esto se tuvo en cuenta. La empresa invasora estaba ya muy avanzada en su preparación cuando el Presidente Kennedy asumió la presidencia el 20 de enero de 1961. A Kennedy le repugnaba esta aventura, no se sabe si por lo que tenía de ilegítima, si por la resonancia antiamericana que tendría en el mundo, o por razones de índole política. (La opinión pública norteamericana estaba ya muy inflamada y apoyaba una acción enérgica contra Fidel Castro). Kennedy era hombre muy inteligente y culto, y tenía una alta estimación por Fulbright. Por eso solicitó su parecer sobre el descabellado plan invasor. El senador le rindió un informe condenatorio del mismo y, en la junta de altos funcionarios, presidida por el propio Kennedy en la que se aprobó definitivamente la invasión de Cuba, Fulbright se mantuvo firme y señaló la ilegitimidad de la operación tanto como el eco profundamente adverso para los Estados Unidos que tendría en todo el mundo. Mas tal es el poder de la C.I.A. —en esta ocasión apoyada por los jefes de estados mayores— que hasta el Presidente,

sus consejeros y el propio Dean Rusk se rindieron. La excepción fue J. William Fulbright. Si se hubiera aceptado el criterio del senador por Arkansas, el país se habría evitado un tremendo desprestigio y una humillación; el Presidente se habría ahorrado la más amarga experiencia de su breve paso por la Casa Blanca, y la C.I.A. no habría sufrido el fracaso más resonante y más acremente censurado de su historia.

Conocida es también la inconformidad y discrepancia del senador Fulbright con los procedimientos diplomáticos de John Foster Dulles. Como James G. Blaine y Richard Olney a fines del siglo pasado, Dulles era un portavoz de los grandes intereses imperialistas y un fiel aliado del Pentágono. Más que la habilidad y la sutileza de los grandes diplomáticos, le seducía la estrategia militar y, como un estratega sin uniforme ni espada, conducía sus tareas al frente de la Secretaría de Estado. Era arrogante, imperioso y estaba persuadido de su infalibilidad. Invocaba a Dios y la moral a diario y procedía en forma no siempre moral. Creó muchos falsos mitos que empiezan a desmoronarse, pero su sombra sigue proyectándose todavía sobre la política exterior del país.

El 25 de marzo pasado el senador Fulbright leyó uno de los discursos más trascendentes que se hayan escuchado en el Senado en los últimos quince o veinte años. El salón estaba vacío. De los cien senadores que lo integran, los presentes no llegaban a una docena; pero si fueron muy pocos los colegas que lo escucharon, antes de una semana el discurso había sido comentado y reproducido *in toto* o parcialmente por todos los grandes diarios del mundo. Más que un discurso político es una disertación, un ensayo penetrante y lúcido en el que se analiza la situación del mundo y se señalan fallas en la política exterior del país. Este examen franco, ecuaníme y sagaz contiene grandes verdades —verdades poco gratas a los superpatriotas tanto como a los demagogos vociferantes— y denuncia muchos “viejos mitos”, algunos de ellos fomentados por John Foster Dulles. La pieza fue muy comentada y reproducida en la prensa del país y causó honda impresión entre la gente culta y liberal. En esta disertación Fulbright se enfrenta con muchos prejuicios o “viejos mitos” como él los llama, y con ilusiones o fobias muy arraigadas en la masa norteamericana, y no titubea en llamarlos por su nombre y combatirlos. Así, por ejemplo, al referirse al conflicto en la Zona del Canal en Panamá que costó más de una veintena de vidas, muchos patriotereros aprovecharon la trágica circunstancia para entonar himnos al valor, al heroísmo, al orgullo nacional, etc. Fulbright les sale al paso con estas palabras:

Nosotros haríamos bien en despojarnos de la idea tonta de que el problema de Panamá es una prueba de nuestro valor y resolución (...). No puedo comprender cómo una controversia con una pequeña nación pobre sin ninguna capacidad militar puede considerarse como una prueba de nuestra bravura y voluntad para defender nuestros intereses. Se necesita firmeza pero no valor para resistir las demandas del débil. La prueba real en Panamá no es nuestro coraje sino nuestra sabiduría, juicio y sentido común (págs. 18-19).

La ironía y hasta el humor de buena calidad apuntan con frecuencia en este discurso o primer ensayo del libro. Por ejemplo, al comentar la proclividad norteamericana, de la que tanto abusó John Foster Dulles, a emplear términos y conceptos éticos para calificar hechos políticos, dice:

(...) Una de las razones de esto, pienso, es el hecho de que somos un pueblo acostumbrado a mirar al mundo, y aun a nosotros mismos, en términos moralísticos en lugar de empíricos. Estamos predispuestos a considerar un conflicto como un choque entre el bien y el mal en lugar de verlo simplemente como una lucha de intereses conflictivos. Nos inclinamos a confundir la libertad y la democracia, las cuales consideramos como principios morales, según la manera en que se practican en América —con el capitalismo, el federalismo y el sistema de dos partidos, los cuales no son principios morales sino simplemente las prácticas preferidas y aceptadas del pueblo americano. Hay mucha insinceridad en el moralismo americano y no poca inconsistencia. En cierto modo se parece a la fe religiosa de muchas personas respetables que en las palabras de Samuel Butler “se sentirían igualmente horrorizadas si oyeran que alguien duda de la religión cristiana o la vieran practicada

Nuestro vocabulario nacional está lleno de “verdades evidentes” no sólo acerca de “la vida, la libertad y la felicidad”, sino acerca de un gran número de problemas personales y públicos, incluyendo la guerra fría. Una de las “verdades evidentes” de la postguerra es que, así como el Presidente reside en Washington y el Papa en Roma, el Diablo reside invariablemente en Moscú. Nos hemos acostumbrado a pensar que el Kremlin es la sede permanente del Demonio y nos sentimos casi confortados con una amenaza que no obstante ser diabólica en grado sumo, ha tenido las redentoras virtudes de la constancia, la predictibilidad y la familiaridad. Ahora el Diablo nos ha traicionado viajando a otros países y, lo que es peor todavía, dispersándose y apareciéndose aquí y allí y en muchos lugares simultáneamente con diabólico desdén por las fronteras ideológicas tan laboriosamente levantadas. (pp. 6-7).

La presencia de un régimen comunista en Cuba, a sólo noventa millas de la Florida, ha dado oportunidad a los profesionales del patriotismo para fomentar la histeria y el odio contra Fidel Castro entre

las masas. Tan intenso es este antagonismo que ningún político norteamericano se atreve a enfocar el problema cubano en forma serena y objetiva. El senador Fulbright es quien ha dicho las palabras más inteligentes y sensatas que sobre el tema se han escuchado en Washington durante varios años:

El problema de Cuba es más difícil que el de Panamá y mucho más cargado con el peso muerto de los "viejos mitos" y prohibiciones contra los "pensamientos impensables". Creo que es ya tiempo de reevaluar nuestra política cubana, aunque ello pueda conducirnos a conclusiones poco gratas. (pp. 24-25).

El autor dedica once páginas al análisis de las relaciones con Cuba en el curso de las cuales expresa conceptos que chocan con la política del Departamento de Estado y han indignado a muchos "jingoístas" que abogan por una invasión de la isla, para concluir con estas palabras:

En suma, creo que debemos abandonar el mito de que el comunismo cubano es una amenaza transitoria y dar la cara a dos realidades básicas en relación con Cuba: primera, que el régimen de Castro no está a punto de desmoronarse y no es probable que ninguna de las medidas que contra él hemos adoptado o podamos razonablemente adoptar lo derrumbe; y segunda, que la existencia del régimen castrista, aunque contraria a nuestros intereses y a nuestra política, no es un obstáculo insuperable para alcanzar nuestros objetivos, a menos que nosotros la convirtamos en tal, permitiendo que envenene nuestra política doméstica y nos distraiga de otras tareas más importantes en el hemisferio (p. 35).

Los temas tratados en este primer ensayo son muchos y no es posible discutirlos aquí por falta de espacio. Todos aparecen enfocados con serenidad, realismo, honradez y franqueza ejemplares.

Los cuatro ensayos restantes (II "Las bases de la seguridad nacional"; III "La Alianza Atlántica y el desafío de De Gaulle"; IV "La guerra fría y la vida americana", y V "Conclusión") son todos más breves que el primero, pero igualmente sugerentes y contentivos de conceptos heterodoxos dentro del clima caldeado que en los Estados Unidos prevalece.

Aunque no forma parte del libro que vengo comentando, deseo aludir a otro notable discurso del senador Fulbright leído en el Senado el día 8 de septiembre último. Sólo conozco el extracto en tres páginas que publicó la *Saturday Review* el 24 de octubre bajo el título: "Dangerous delusions". Como en el caso del "mccarthismo",

el senador Fulbright no ha titubeado en salirle al paso a este otro movimiento aun más reaccionario y peligroso que el terror desatado por McCarthy entre 1950 y 1955. Refiérome al "goldwaterismo" que hasta el día 3 de noviembre constituyó una ominosa amenaza para la libertad y la democracia dentro del país lo mismo que para la paz internacional. Por fortuna, el pueblo norteamericano percibió a tiempo el peligro y en las elecciones del 3 infligió una fuerte derrota al candidato republicano con la cual alejó el peligro de una reacción belicista. El discurso del 8 de septiembre tiene una doble significación: de una parte es un análisis agudo de los errores de enfoque, falacias y peligrosidad de la política preconizada por el candidato republicano, y de la otra constituye un ensayo orientador y didáctico muy edificante. Nótese el tono elevado y la intención docente que guía al autor:

La creencia indestructible de que el comunismo y las sociedades libres no pueden sobrevivir juntos en el mismo mundo, que tarde o temprano uno de los dos debe prevalecer sobre el otro, permea los puntos de vista del Senador Goldwater. Hay una especie de romántico misticismo en el enfoque mundial de Goldwater, bastante parecido al de los mismos comunistas. Ambos, él y ellos, parecen creer que hay algo antinatural e inmoral en la supervivencia en el mundo de más de una doctrina o creencia respecto a la naturaleza del hombre y la organización de las sociedades humanas. De la misma manera que los cristianos medievales no podían tolerar la existencia de sectas heréticas y religiones extranjeras, los ideólogos de nuestros días se han persuadido de que la vida es intolerable a menos que se la gobierne en todas partes con los mismos "standards" y valores. Esta opinión tiene el carácter de una verdad revelada (...).

Una ideología en el sentido de una serie de principios y valores guiadores es deseable y hasta necesaria para una sociedad fuerte. Pero una ideología robustece una sociedad solamente cuando es un instrumento de la felicidad pública en lugar de un reverenciado objeto o fin de la política. Cuando una ideología es tratada como si fuese una religión, se convierte en una fuente de intolerancia y debilidad en un pueblo. Engaña o induce a los hombres a confundir sus predilecciones momentáneas con las verdades eternas, hace que los hombres den la espalda a sus problemas reales y los impulsa a enfrascarse en vanas e irrelevantes controversias acerca de cuántos ángeles pueden danzar en la punta de un alfiler, acerca de qué comunismo es más puro y ortodoxo, acerca de si es mejor ser "extremado" o solamente "moderado" en la devoción a la libertad.

A despecho de la extensión de estos comentarios, quisiera traducir dos pensamientos más, que revelan al humanista que se esconde tras el político. Ambos ponen de relieve al filósofo que ha estudiado y

observado la conducta humana a través de la historia y ha sacado conclusiones tristes y desengañadas:

El hombre, dice, es el único animal en toda la Tierra que ha quemado vivos a sus hijos como un sacrificio para apaciguar la ira de imaginarias deidades. Es el único que construirá hogares, pueblos y ciudades a muy alto costo en sacrificios y sufrimientos para luego destruirlos en la guerra. (p. 71).

El hombre es la única criatura de toda la existencia que no se satisface con el castigo que pueda infligir a sus hermanos en esta vida, y tiene que inventar un infierno de fuego y azufre en el cual quemarlos después de muertos.

De dónde vino, o cuándo o cómo o a dónde irá después de la muerte, él no lo sabe, mas espera vivir otra vez en calma y ociosidad donde pueda adorar a sus dioses y gozarse viendo a sus hermanos retorcerse y agonizar en las llamas eternas del infierno. (p. 72).

No se crea, por lo dicho, que el senador Fulbright es un radical o un revolucionario. Si fuera inglés y miembro del Parlamento, probablemente sería "Tory". (Recuérdese, no obstante, que los "Tories" ingleses son mucho más progresistas y avanzados que los demócratas norteamericanos). Pero si desde el punto de vista de la izquierda europea o latinoamericana Fulbright sería clasificado como demócrata conservador, en el ambiente norteamericano de hoy y en el clima de histeria anticomunista que allí prevalece, su pensamiento resulta heterodoxo y para algunos infidente o poco menos. Casi todos los conceptos de este libro, los cambios y rectificaciones que sugiere y las críticas reiteradas a la mitomanía doméstica, todo esto está en abierta pugna con el parecer de la mayoría de sus colegas y del público en general. Todos los cambios que aconseja, lo mismo en la actitud que en los conceptos y en la política exterior son realistas, necesarios y urgentes. Pero los falsos mitos, las viejas ilusiones y las actitudes mesiánicas mueren lentamente. En política, como en física, rige una ley de inercia que retarda y por largos años impide a veces toda rectificación y toda reforma o cambio por más útil y necesario que sea. Mas si el ambiente artificialmente agitado contra las ideologías de izquierda y los intereses económicos y políticos impiden la adopción de las medidas en este libro recomendadas, por lo menos realiza una función docente de suma importancia y contribuirá a fomentar el interés por los graves problemas internacionales que el país confronta. El libro ha sido muy leído y discutido, y probablemente contribuyó a la derrota del "goldwaterismo". Para la gente culta y liberal del país el senador Fulbright es la persona más idónea que allí hay hoy

para regir la política exterior de la nación. Todos anhelamos que sea el próximo Secretario de Estado, pero las fuerzas imperialistas y reaccionarias verían con alarma su nombramiento. El resonante triunfo obtenido por los demócratas en los últimos comicios los autoriza para tomar decisiones atrevidas y renovadoras. No hay grandes probabilidades de que así ocurra, sin embargo. El Presidente Johnson es un político pragmático muy hábil, pero es un hombre conservador y poco dado a las aventuras idealistas. Por otra parte, las fuerzas conservadoras predominan dentro de su mismo partido. A la derecha de éstas y del Presidente aparecen situadas las fuerzas armadas y la poderosísima C.I.A. Por último, el país atraviesa el período de mayor riqueza y prosperidad de su historia. Todos estos factores militan contra una política de innovaciones rectificadoras —y, por ende, contra la posibilidad de que Fulbright sea nombrado Secretario de Estado.